

**GINO GERMANI Y TORCUATO S. DI TELLA.
DOS ENFOQUES ESTRUCTURAL-FUNCIONALISTAS
DEL POPULISMO EN AMERICA LATINA***

Juan Felipe Leal

La mayoría de los autores que han abordado el estudio del fenómeno populista en América Latina han compartido una tesis común. De acuerdo con ella, las experiencias populistas del área han surgido como movimientos sociopolíticos, y en ocasiones como regímenes estatales, en fases históricas que se han caracterizado como de transición de una economía predominantemente agropecuaria a una economía industrial, y, concomitantemente, de un sistema político con participación restringida, a otro con participación amplia. Dentro de este esquema interpretativo general merecen especial atención los trabajos, en su momento pioneros, de Gino Germani y Torcuato S. Di Tella, quienes, desde los marcos del estructural-funcionalismo, realizaron verdaderos aportes al estudio del populismo.

En *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (1964), Germani sostiene que el populismo constituye un tipo particular de movimiento social y político, producto de la modalidad *asincrónica* que asumen los procesos de transición de la sociedad tradicional a la sociedad industrial. Con base en un modelo teórico de inspiración parsoniana Germani concibe dichos procesos de transición como portadores de tres tipos de cambio socio-institucional, a saber:

* Deseo expresar mi reconocimiento a la Mtra. Diana Juanicó Rivero por su valiosa colaboración en la revisión de los enfoques desde los cuales se ha abordado el estudio del fenómeno populista.

- a) paso del predominio de la acción prescriptiva a la electiva;
- b) institucionalización del cambio, y
- c) creciente desarrollo, diferenciación y especialización de las instituciones.¹

En el modelo construido por Germani el momento transicional se observa a la luz de la categoría de asincronía, que refiere la coexistencia en una misma etapa histórica de grupos sociales, actitudes, formas culturales, instituciones y tipos de personalidad que corresponden a cada uno de los polos de la dicotomía sociedad tradicional-sociedad industrial. No menos importantes para dar cuenta de dichos procesos de transición son los fenómenos que Germani designa con los conceptos de *movilización e integración*.

El primero alude al proceso en virtud del cual determinados sectores sociales, tradicionalmente pasivos, comienzan a incorporarse activamente en la vida social y política de una sociedad dada, ya sea de una manera inorgánica (como ciertos movimientos de protesta), o bien a través de la acción legítimamente reconocida y organizada de las instituciones políticas. El segundo comprende un tipo particular de movilización, con arreglo al cual ésta se efectúa respetando las reglas del juego del régimen político y, por lo mismo, se canaliza a través de los marcos institucionales (asociaciones y partidos políticos, agrupaciones profesionales, asociaciones cívicas, por caso) legalmente vigentes.²

A partir de este dispositivo conceptual general Germani elabora su explicación de los movimientos populistas —a los que denomina “nacional-populares”— a través de una comparación entre los procesos de transición que tuvieron lugar en Europa Occidental y en América Latina. En el caso de Europa Occidental dicho proceso se connotó por una movilización que adoptó, sin conflictos graves, la figura de la integración. La experiencia inglesa fue en este sentido arquetípica. En efecto, en la Gran Bretaña la progresiva incorporación de las masas populares a la vida nacional se acompañó por el surgimiento paralelo de una multiplicidad de mecanismos inte-

¹ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI Editores, 1982, p. 1288.

² *Idem.*

gradores (sindicatos, escuelas, partidos políticos, legislación social y otros), que fueron capaces de absorber las demandas de los grupos movilizados y de ofrecer, a estos últimos, canales efectivos de expresión social, política y cultural.³

No ocurrió lo mismo en las sociedades atrasadas y, en particular, en América Latina. En este caso, la existencia de fenómenos de asineronía mucho más acentuados que los que se verificaron en Europa Occidental, aunados a factores como el “efecto de demostración” (que designa la difusión en sociedades tradicionales de pautas de comportamiento y mentalidades propias de las sociedades más avanzadas), y el “efecto de fusión” (por el cual patrones ideológicos y actitudes típicas de la sociedad industrial, al integrarse en un contexto tradicional, no sólo no eliminan sino que por el contrario refuerzan ciertos rasgos propios de la sociedad atrasada), tuvieron como consecuencia la imposibilidad de que el proceso de movilización se llevara a cabo bajo el modelo de la integración. Por tanto, dicho proceso hubo de realizarse bajo formas no institucionales y anómalas. Tal es, para Germani, el fundamento del que surgen los movimientos nacional-populares.⁴

Bajo las premisas anteriores, Germani desarrolla su explicación del origen y de la consolidación del populismo en América Latina, y en Argentina en particular. Atendiendo a la posición política de las clases populares, Germani distingue seis etapas o estadios por los que ha transitado Latinoamérica:

- I Guerras de liberación y proclamación formal de la independencia.
- II Guerras civiles, caudillismo, anarquía.
- III Autoeracias unificantes.
- IV Democracias representativas con participación “limitada” u “oligarquía”.
- V Democracias representativas con participación “ampliada”.
- VI Democracias representativas con participación “total” y/o “revoluciones nacionales populares”.⁵

³ *Idem*, pp. 1288-1289.

⁴ *Idem*, p. 1289.

⁵ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1964, p. 147.

Ya en su análisis de la realidad política argentina, Germani refiere que durante los primeros tres estadios de su periodización (revolución y guerras de independencia, 1810-1820; anarquía, caudillismo, guerras civiles, 1820-1829; autocracia unificadora, 1829-1852), se produjo poca o nula modificación del patrón tradicional de origen colonial. Fue en la cuarta etapa (organización nacional, 1853-1880; gobiernos conservadores-liberales u "oligarquía", 1880-1916), cuando se inició la transición hacia la sociedad industrial (inmigración masiva de ultramar; integración de la agricultura y la ganadería argentinas en el mercado mundial; "movilización" de la población de las zonas "centrales", esto es, de Buenos Aires y de El Litoral; surgimiento de los estratos medios urbanos; comienzos de la industrialización) y se suscitó una participación "limitada" bajo los cánones oligárquicos. En la quinta etapa (gobiernos radicales, 1916-1930) tuvo lugar una integración inestable de la población activa "movilizada", a través del sistema existente de partidos políticos. Tras la regresión "artificial" (motivada por el fraude electoral) a la democracia de participación "limitada" que encarnaron los gobiernos conservadores (1930-1943), se pasó a un régimen con participación "total", en el que ocurrieron intentos totalitarios y el establecimiento de un régimen nacional-popular: el peronista (1943-1955).

En esta sexta etapa se produjo la "movilización" total de la población argentina, al tiempo que disminuyó la población extranjera; se suscitaron masivas migraciones internas y tuvo lugar una intensa urbanización, así como una acentuación del crecimiento industrial. A partir de 1955, y hasta la fecha de la publicación del texto que nos ocupa, continuó el régimen de participación "total", aunque esta vez bajo la modalidad de una democracia representativa de carácter inestable.⁶

En fin, según Germani, la rápida y masiva incorporación de amplios sectores populares a la vida nacional desbordó (en el quinto y sexto de los estadios de evolución por él establecidos) los canales institucionales de absorción y participación vigentes, por lo cual la integración de las masas

⁶ *Idem*, pp. 217-218.

según el canon europeo decimonónico resultó carente de viabilidad. A la par, distintas élites políticas, surgidas al calor del nuevo contexto histórico, dispusieron de la posibilidad y de los medios para manipular las masas en proceso de movilización con arreglo a sus propios fines políticos. “Como es obvio, escribe Germani, tales fines no siempre coinciden con las aspiraciones de las capas movilizadas mismas, aunque a veces puede haber identidad de aspiraciones y objetivos entre élites y masas”.⁷

Bajo la noción de manipulación de las masas por las élites, que maneja Germani, subyace la concepción del carácter *heterónomo* de los movimientos populistas. Ciertamente, tanto en su ideología, como en sus formas organizativas y en sus objetivos políticos, dichos movimientos no aparecen, a los ojos del autor, como el producto de la constitución *autónoma* de las masas en sujetos políticos sino que implican la subordinación de estas últimas a la élite, y por lo general al líder carismático, que conduce y controla la movilización popular.⁸

En resumen, de acuerdo con esta obra de Germani, el populismo no sería otra cosa que la específica modalidad de expresión política de las masas populares, en situaciones tales que éstas no han podido desarrollar una ideología y una organización autónoma de clase.⁹

Como se observa, este tipo de análisis corresponde al modelo desarrollista que privó en cierto momento histórico en América Latina: mediados de los años cincuentas a mediados de los años sesentas, aproximadamente. Este enfoque resultó de una gran utilidad para facturar una fórmula general que permitiera interpretar el conjunto de fenómenos (económicos, sociales, políticos y culturales) que habían ocurrido y que se estaban sucediendo en la región. No es nuestro propósito revisar aquí los alcances y las limitaciones del modelo desarrollista o “dualista”. De manera que nos circunscribiremos a discutir el esquema interpretativo y explicativo que nos ofrece Gino Germani en relación con el fenómeno populista.

⁷ *Idem*, p. 158.

⁸ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *op.cit.*, p. 1289.

⁹ *Idem*.

En primer lugar, cabe señalar que quedan fuera del encuadre de Germani una variedad de experiencias populistas: la de los *narodnikis* de la vieja Rusia; la de los *farmers* estadounidenses; las de la Europa Oriental del período de entreguerras (1918-1939); las del fascismo italiano o del nacional-socialismo alemán; y las del llamado Tercer Mundo a lo largo del siglo veinte. En segundo término, salta a la vista que la tipología y la periodización que Germani elabora para el área latinoamericana maximizan los aspectos que han compartido los distintos Estados nacionales de la región en lo que concierne a los fenómenos que él examina, y minimizan las respectivas diferencias (que con frecuencia son sustanciales), para que éstos tengan cabida en el esquema propuesto. Por último, resulta un tanto confusa la postura de Germani en lo que hace a la relación élites-masas. En efecto, por un lado, el autor concibe los movimientos populistas como la expresión política de las masas populares en una situación previa —o de incapacidad— al desarrollo de una ideología y una organización autónoma de clase, lo cual supone la inclusión de ciertas élites en los movimientos en cuestión; pero, por otro lado, Germani utiliza la noción de manipulación de las masas por las élites, lo cual supone la exclusión de estas últimas como parte integrante de los movimientos del caso.

En “Democracia representativa y clases populares en América Latina” (1965), Germani profundiza sus planteamientos anteriores con el propósito de examinar los aspectos políticos y psicosociales de la posición de aquellas en relación con la democracia liberal.

El marco de referencia de Germani es nuevamente el de la industrialización y la urbanización. En este contexto, el ascenso y la expansión de nuevos grupos sociales comienzan a ejercer una presión variable sobre las élites dirigentes y los grupos que participan del poder, y terminan por desbordar los esquemas de la participación “limitada” u “oligárquica”, así como de la democracia representativa “formal”. Según Germani, el tránsito de las democracias representativas de participación “limitada” a las democracias representativas de participación “extensa” ocurre a través de una alianza, consciente o no, entre las clases medias y las populares. Alianza en la que las primeras se tornan cada vez más pujantes y las segundas adquieren la posibilidad real de participar en la vida política nacional. El autor puntualiza que dicho consenso se produce entre los grupos de las regiones desarrolladas o “centra-

les” del país en cuestión (alta burguesía, clases medias y/o clases populares) con el fin de sostener el funcionamiento regular de las instituciones dentro de ciertos límites, que presuponen mantener al margen del proceso político a la población de las zonas “periféricas”.¹⁰

Así, en la terminología del autor, la democracia representativa ha funcionado en América Latina en la medida en la que ha habido correspondencia entre los procesos de “movilización” e “integración”.¹¹ Por contraste, los movimientos “nacional populares” han aparecido y continúan apareciendo puntualmente en todos los países de la región cada vez que el grado de “movilización” rebasa la capacidad de los mecanismos de “integración”.¹²

Es evidente —escribe Germani— que, en esta situación, las grandes diferencias aparecen determinadas por las circunstancias particulares del ambiente en que se desarrolla el proceso. En los países donde se trata de avanzar partiendo del estadio de movilización parcial ya integrada en las formas de la democracia extensa, la situación es muy distinta de la de aquellos países donde este régimen ha fracasado completamente o no ha logrado tener estabilidad y duración. En este punto existe una evidente correlación con el grado de desarrollo económico y social: los países que se encuentran en la situación de integración parcial, por ejemplo, Argentina (donde la movilización total ya se ha producido), Brasil, México, Chile, Uruguay, son al mismo tiempo los más evolucionados económicamente. Fuera de algunas excepciones, en todos los demás países la movilización está en vías de producirse de manera *rápida y total*, sin poder contar incluso con esa base previa que es la integración parcial: singular estado que revela una *amplificación súbita* de la participación política, partiendo de una proporción mínima (que puede ser menos que el 10%) de la población adulta, para llegar hasta su totalidad.¹³

¹⁰ Gino Germani, “Democracia representativa y clases populares”, en Gino Germani, Torcuato S. Di Tella y Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, Ediciones Era, 1977, (Serie Popular, núm. 21) p. 20.

¹¹ *Idem*, p. 22.

¹² *Idem*, p. 30.

¹³ *Idem*.

Y agregá:

la forma de esta movilización tiene también su importancia. En la mayoría de los casos, se trata de una movilización por desplazamiento físico, por ejemplo: grandes migraciones del campo a la ciudad. Sin embargo, desde el punto de vista psicosocial, un proceso completamente análogo se ha empezado (recuérdese la fecha de edición, 1965) al mismo tiempo en las mismas zonas rurales, es decir, sin desplazamiento físico. Tal es el caso de Bolivia, de Cuba (bajo el impacto de la revolución que destituyó a Bautista), del norte de Brasil, y también de la revolución mexicana, movimiento nacional popular anticipado, que evolucionó más tarde hacia una democracia de participación extensa, aunque de un tipo *sui generis*, basada en un partido único.¹⁴

Por desgracia, el autor no especifica cómo mide el grado de movilización *in situ*, esto es, sin desplazamiento físico de la población.

A continuación se ocupa Germani de las diferencias que surgen de la variada naturaleza de las élites políticas y de sus capacidades para organizar y controlar las movilizaciones de masas. Del examen de los nexos que se han producido entre diversos tipos de élites políticas y de masas populares, el autor llega a dos conclusiones; a saber:

parece indudable que el origen social y los verdaderos fines políticos de las élites son los que limitan la acción de estos movimientos, sobre todo cuando se trata de su capacidad de transformar, en uno u otro sentido, la estructura social preexistente¹⁵ [y] sea cual fuere el grado de coincidencia entre los verdaderos fines políticos de unas o de otros, las masas tienen que adquirir, por medio de los movimientos políticos y de los regímenes que establecen, un cierto grado de participación efectiva.¹⁶

A partir de esta última proposición procede Germani a analizar los aspectos psicosociales de los movimientos "nacional populares", cuya originalidad reside, según el autor, en el carácter *efectivo* de la participación popular.

En efecto, esta participación no se produce a través de los mecanismos de la democracia representativa: derechos individuales de expresión, de organización

¹⁴ *Idem*, p. 31.

¹⁵ *Idem*, pp. 31-32.

¹⁶ *Idem*, p. 32.

etc., y ejercicio del derecho de voto (aunque, en ciertos casos, el sufragio fuese practicado de una manera real, como en la Argentina de Perón y en el Brasil de Vargas). No se trata tampoco de la participación canalizada y burocratizada por el régimen, como en los sistemas totalitarios, fascistas o comunistas de Europa. No sólo es inherente a la espontaneidad, sino también, lo que es más importante todavía, esta participación entraña el ejercicio de cierto grado de libertad efectiva, completamente desconocida e imposible en la situación anterior a la instauración del régimen nacional-popular. Esta libertad se ejerce en el grado inmediato de la experiencia personal; tiene consecuencias *concretas* en la vida cotidiana de los individuos, que son precisamente las personas que acaban de abandonar el *pattern* tradicional de la acción *prescriptiva*; que son conscientes, por primera vez, de la posibilidad de tomar decisiones en muchos terrenos de la vida, que antaño eran establecidas definitivamente. Participar en una huelga, elegir a un representante sindical en el taller, discutir en plano de igualdad con el patrón, modificar la relación "amo y siervo" (tan corriente aún en América Latina) en el nivel del comportamiento y en un sentido igualitario: he aquí mil ocasiones de vivir un cambio efectivo. Ciertamente, los mecanismos de la democracia representativa no excluyen estas experiencias directas: al contrario, aquellos pueden servir de una experiencia *mediadora* capaz de conferir un significado a los mecanismos políticos meramente formales, y es posible que quepan en el modelo occidental de desarrollo. Sin embargo, estos mecanismos tampoco entrañan necesariamente las mencionadas experiencias directas y, en las circunstancias actuales de Iberoamérica, incluso en los países cuyos regímenes practican la democracia representativa, los múltiples elementos arcaicos de la estructura social excluyen toda posibilidad de participación en ese sentido, tratando de mantener cerradas a las capas sociales recién movilizadas, las vías institucionales de participación que corresponden a la democracia representativa. En efecto, los grupos dirigentes procuran mantener el *statu quo*, lo que entraña una restricción de la participación. No obstante, hoy en día semejante política debe tener en consideración las masas "movilizadas", situación contraria a la anterior, en la que se contaba con su pasividad.¹⁷

Existen además, siempre según Germani, otras razones de peso que expliquen por qué las formas *inmediatas* de participación ejercen una influencia tan grande en Latinoamérica. Veamos:

Para la mayoría de los países de América Latina y, en particular, para los estratos sociales recién movilizadas, los símbolos de la democracia han perdido, o mejor

¹⁷ *Idem*, pp. 33-34.

dicho, no han tenido *jamás* su significado positivo. Al contrario, dentro de la tradición política de estas naciones, dichos símbolos tienden más bien hacia un valor negativo. Para los grupos movilizados de las zonas atrasadas, hasta las democracias limitadas que respetan cierta legalidad aparecen como un instrumento de dominación de minorías. Si bien es verdad que, en algunos países de larga tradición democrática, como Argentina, Chile, Uruguay y otros, la legitimidad tiene su base en una elección honesta, en la mayoría de las naciones menos desarrolladas, *especialmente* fuera de las ciudades, el sufragio sólo tiene un valor simbólico o negativo.¹⁸

Esta sensación de participación no se relaciona necesariamente con la influencia efectiva que las clases populares puedan ejercer sobre el gobierno, aunque, como lo hemos señalado, el manejo tenga unos límites bastante amplios. Tampoco existe relación estrecha entre dicha sensación de participación y las mejoras de índole económica que estos regímenes son realmente capaces de realizar. A pesar de la opinión general de que la adhesión de las clases populares se obtiene gracias a promesas económicas demagógicas, el fundamento real del apoyo popular es la "experiencia de participación", lo que hemos intentado describir.¹⁹

Y añade:

Estos movimientos, y los regímenes que establecen, tienen carácter autoritario. Sin duda, la situación actual y el estilo de vida de las clases populares recién movilizadas los predisponen favorablemente con respecto a este autoritarismo, pero no hay que olvidar que éste limita, sobre todo, los derechos individuales de la clase media y de los intelectuales. Si la 'libertad de expresión' es atacada, son los intelectuales los que lo sufren (para ellos se trata de una libertad *concreta*), pero, ¿en qué afecta esto a los campesinos y a los obreros? En su vida individual, las severas restricciones a la libertad de opinión pueden coexistir junto con las experiencias numerosas e importantes de la libertad concreta. Es evidente que nos referimos a formas autoritarias *que no han alcanzado la perfección técnica del totalitarismo*. Este régimen, en realidad, presupone una estructura industrial y una técnica relativamente avanzadas. Hasta en Rusia, país en que, por otra parte, se construye sobre el suelo firme de la autocracia tradicional, la organización totalitaria fue conseguida sólo con el primer plan quinquenal.²⁰

¹⁸ *Idem*, p. 34.

¹⁹ *Idem*, p. 35.

²⁰ *Idem*, pp. 35-36.

Por último, concluye Germani:

Hemos tratado del aspecto “popular” de estos movimientos políticos; su aspecto “nacional” no necesitará más que una breve explicación. También podemos encontrar aquí cierto paralelismo con la evolución de las clases populares europeas. Estas sólo tardamente llegaron a adquirir el sentimiento de identificación nacional, que fue —en parte— un resultado de su participación creciente en la “ciudadanía”. El factor determinante en los países iberoamericanos, al menos parcialmente, es la movilización que se ha producido *junto* con la transferencia de adhesiones de la comunidad local a la comunidad nacional. Pero, el proceso se desarrolla con mucha más facilidad, ya que se trata de países dependientes o semidependientes y, con frecuencia, a los grupos rectores se los juzga como aliados de las potencias “coloniales”. Sea cual fuere la tendencia de las élites revolucionarias, éstas intentan aprovechar tal situación, interpretando las aspiraciones de las clases populares en términos de interés nacional. Mientras que en la Europa del siglo XIX para los movimientos de izquierda la nación era “su patria” —la patria de los burgueses—, en Sudamérica (como en todos los países ex-coloniales), se opina que la expresión auténtica y única del interés nacional es el “pueblo” y que la “oligarquía” y la “burguesía” son defensoras de los intereses extranjeros. Como que ninguna categoría acepta que la juzguen como representante del extranjero, se produce así un desarrollo general de las ideologías nacionalistas.²¹

En suma, el sentimiento de la pertenencia nacional cumple con una función de integración verdaderamente importante, ya que asegura la cohesión entre grupos sociales de lo más diverso que se desprenden de las pequeñas comunidades locales en los procesos de movilización.²²

Resulta muy rico y sugerente el exámen que lleva a cabo Gino Germani sobre las cualidades y limitaciones de la democracia liberal en el área latinoamericana, como punto de partida para explicar la génesis y el desarrollo de los movimientos “nacional-populares”. Pero dentro de su marco interpretativo destaca, en particular, la importancia que le asigna al fenómeno de la participación (a la sensación de ser *sujeto*) como causa y efecto, a la vez, de la adhesión de las clases populares a los regímenes del caso.

²¹ *Idem*, p. 36.

²² *Idem*.

Los aportes de Torcuato S. Di Tella se inscriben en un marco teórico similar al de Germani. En su célebre ensayo "Populismo y reforma en América Latina" (1965),²³ Di Tella se vale de un enfoque en el que el populismo aparece directamente ligado al proceso de desarrollo socioeconómico y definido como una forma particular (y heterónoma) por medio de la cual se verifica el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad industrial plenamente desarrollada. Su interés radica, sin embargo, en el énfasis que pone el autor sobre la condición necesaria que se requiere para que se produzca una movilización populista de masas: la existencia de una élite empeñada y comprometida en dicho proceso de movilización. Aspecto, este último, que si bien estaba ya presente en los análisis de Germani, mereció un tratamiento mucho más detallado de parte de Di Tella.

El surgimiento de una élite capaz de tomar bajo su dirección el movimiento populista se explica, según Di Tella, por un fenómeno de características *anómalas* respecto del paradigma europeo occidental:

En América Latina, como en la mayoría de las actuales zonas en desarrollo, los mecanismos de la reforma no pueden ser iguales a los que funcionaron en el contexto europeo. Para decirlo brevemente, en Europa la reforma fue producida primero por un partido liberal, basado en las clases medias, y luego por un movimiento obrero centrado en los sindicatos. Aún cuando hubo algunas desviaciones con respecto a esa pauta, en términos generales el orden de sucesión se mantuvo. Durante la primera etapa el partido liberal (o alguno equivalente) contó con el apoyo de las clases medias y los obreros, que en gran medida aun no se habían organizado. Durante la segunda etapa, las clases medias, en su mayoría, dejaron de oponerse al orden establecido. La prosperidad las había vuelto conservadoras, mientras que los obreros desarrollaron su propia fuerza organizativa y buscaron expresión en partidos con orientación de clase y en su mayoría financiados por la clase. De esta suerte se resquebraja la coalición liberal. La división política según las líneas de clase no significa revolución, sin

²³ Existen varias versiones de este artículo; a saber: Torcuato S. Di Tella, "Populismo y reforma en América Latina", en *Desarrollo Económico*, vol. iv, núm. 16, Buenos Aires, 1965, pp. 391-425; Torcuato S. Di Tella, "Populism and Reform in Latin America", en Claudio Véliz, *Obstacles to Change in Latin America*, London, Oxford University Press, 1965; y Torcuato S. Di Tella, "Populismo y reformismo", en Gino Germani, Torcuato S. Di Tella, Octavio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, op. cit., pp. 38-82. Aquí manejaremos esta última versión.

embargo, porque los niveles de vida más altos y la mayor movilidad social llegaron también a las masas urbanas. La clase obrera, con orientaciones ideológicas que varían desde un sindicalismo moderado hasta el comunismo, adopta en la práctica una perspectiva política reformista y gradualista. Pero esta orientación gradualista no significa el fin del conflicto de clases en política. Aun cuando la línea divisoria es algo borrosa, el partido reformista es un partido obrero, que sólo recibe una ayuda menor por parte de las clases medias y los intelectuales. El grueso del sostén económico y de la fuerza organizativa proviene de la clase obrera.²⁴

Según Di Tella, el esquema anterior no opera en absoluto en las áreas subdesarrolladas del mundo:

En lugar del liberalismo o el obrerismo hallamos una variedad de movimientos políticos que, a falta de un término más adecuado, han sido a menudo designados con el concepto múltiple de "populismo". El término es bastante desdeñoso, en tanto implica la connotación de algo desagradable, algo desordenado y brutal, algo de una índole que no es dable hallar en el socialismo o el comunismo, por mucho que puedan desagradar estas ideologías. Además, el populismo tiene un dejo de improvisación e irresponsabilidad, y por su naturaleza se supone que no ha de perdurar mucho. Debe añadirse que el término ha sido acuñado por ideólogos tanto de la derecha como de la izquierda.²⁵

Lo cierto es, continúa Di Tella, que los fenómenos populistas propios de las naciones en vías de desarrollo son muy variados, presentan grandes diferencias entre sí y pocas veces tienen un carácter transitorio. Por tanto, merecen un análisis minucioso, que resulta esencial para entender la naturaleza del cambio social en el mundo en desarrollo. Deben investigarse, pues, las razones por las cuales no es aplicable el "modelo europeo" y describirse en detalle los diversos subtipos del populismo. Tarea a la que se aboca el autor.

De entrada señala Di Tella que el populismo no puede explicarse por el mero carácter subdesarrollado o "no educado" de las zonas atrasadas. También los países europeos, en su momento, fueron rurales, atrasados y con un

²⁴ Torcuato S. Di Tella, *Idem*, pp. 38-39.

²⁵ *Idem*, p. 39.

bajo nivel de educación formal, pero no contaron con la prevalencia de las formas populistas. ¿Cuál es la razón de esto?, se pregunta el autor:

Creo que una primera tentativa de respuesta debe tener en cuenta el hecho de que las naciones en desarrollo del presente no sólo son pobres en términos absolutos, sino que constituyen la periferia que rodea a zonas más ricas y centrales. Padecen lo que los economistas llaman efecto de demostración.²⁶

De acuerdo con esto (y más allá del consumo material), las élites intelectuales de los países en vías de desarrollo padecen una forma extrema del “efecto de demostración” o de “deslumbramiento”, que las impulsa a obtener su alimento espiritual en el extranjero. En los demás grupos de la población dicho efecto actúa, en lo cultural, con igual intensidad, aunque de una manera menos refinada.

Además, Di Tella describe un segundo fenómeno de características también *anómalas* respecto del modelo europeo occidental: la existencia en los diversos sectores que componen la población de lo que el autor llama “incongruencia de *status*”, consistente en la distancia que media entre la “revolución de las aspiraciones” y las posibilidades de satisfacerlas:

Los medios de comunicación de masas elevan los niveles de aspiración de su público, en particular en las ciudades y en el caso de las personas educadas. Es lo que con acierto se le ha llamado revolución de las aspiraciones [...]. La radio, el cine y los ideales de los derechos del hombre y las constituciones escritas se difunden con gran velocidad, por cierto mayor que aquella de que se dispuso en la experiencia europea de los últimos dos siglos. Pero la expansión económica queda rezagada, agobiada por la explosión demográfica, por la falta de capacidad organizativa o por la dependencia con respecto a los mercados y el capital extranjeros, o aun por esfuerzos prematuros en favor de la redistribución. Necesariamente se produce un atolladero, al subir las aspiraciones muy por encima de las posibilidades de satisfacerlas.²⁷

Es precisamente esta distorsión la que lleva a la imposibilidad de funcionamiento de un sistema político de tipo occidental y conduce, en consecuencia, a la emergencia del populismo:

²⁶ *Idem*, p. 40.

²⁷ *Idem*, p. 42.

En tales condiciones, ¿cómo puede funcionar la democracia? En su experiencia occidental, se basó en el principio de *no tributación sin representación*. En los países en desarrollo, la revolución de las aspiraciones inculca en las masas el deseo de contar con representación aun cuando no tributen impuestos. En otras palabras, grupos que no disponen de suficiente poder económico y organizativo exigen participación en los bienes y en las decisiones políticas de la sociedad. Ya no saben “guardar su lugar”, como lo supieron los obreros europeos hasta tiempos muy recientes. Forman una masa disponible de adeptos más vasta y exigente que cualquiera con que hubiera podido soñar Luis Napoleón.²⁸

Sin embargo, como ya hemos apuntado, para que esta masa se movilice en una dirección populista se requiere, según Di Tella, otro elemento: la aparición de una élite empeñada en dicho proceso de movilización. La emergencia de una élite dirigente del movimiento populista la explica el autor a través del fenómeno aberrante que él denomina “incongruencia de *status*”.²⁹

Por último, Di Tella describe una tercera condición para el surgimiento de un movimiento populista de masas, a saber: “la elaboración de una ideología o la gestación de un estado emocional, ampliamente difundidos, que favorezcan la comunicación entre los dirigentes y los seguidores, y que generen un entusiasmo colectivo”.³⁰

Por consiguiente, el populismo “es un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clases no obreras con importante influencia en el partido, y sustentador de una ideología *anti-statu quo*.”³¹

Dentro de este marco teórico, y con el objeto de comprender las perspectivas del populismo en países determinados, Di Tella analiza las condiciones que facilitan la creación de la élite antes mencionada. Para ello, traza una distinción entre las sociedades típicamente subdesarrolladas (que cuentan con clases medias y burguesías pequeñas y débiles) y aquellas otras que exhiben un nivel de desarrollo económico más avanzado (en las que existe una amplia

²⁸ *Idem*, p. 42.

²⁹ *Idem*, pp. 42-44.

³⁰ *Idem*, p. 48.

³¹ *Idem*, p. 47.

clase media), aunque sigan siendo relativamente subdesarrolladas o periféricas, si se las compara con los países centrales del capitalismo.³²

A este dispositivo conceptual agrega Di Tella dos criterios básicos para clasificar los movimientos populistas:³³

- a) el hecho de que la élite dirigente pertenezca o no a los niveles superiores de la estratificación social, y
- b) el grado de aceptación o rechazo que esta élite encuentra en la clase social de la cual proviene.

Estos dos criterios son importantes —escribe el autor— porque nos permiten predecir el grado de radicalismo del movimiento populista *anti-statu quo*.

Con todos estos elementos construye Di Tella una tipología de los fenómenos populistas. Primero se ocupa de las experiencias de los países típicamente subdesarrollados y luego da cuenta de las experiencias de los países de mayor desarrollo relativo. En el primer caso incluye los siguientes tipos: “partidos integrativos policlasistas”, “partidos apristas”, “partidos reformistas militaristas” y “partidos social-revolucionarios”. En el segundo, refiere el tipo de “partido peronista”.³⁴

Esta tipología ha sido objeto de diversas críticas. Se le reprocha, por ejemplo, que no toma en cuenta la distinción que existe entre movimientos, partidos y, sobre todo, regímenes estatales populistas. Tal falta de diferenciación ha dado lugar a otros cuestionamientos, entre ellos el que impugna la tan amplia acepción de populismo que se deriva de la tipología propuesta por Di Tella. Sin embargo, la mayoría de los investigadores que se ha ocupado del tema concuerda en destacar los méritos del intento de Di Tella, habida cuenta del hecho de que no existe ninguna otra tipología con el mismo grado de elaboración como la que dicho sociólogo argentino propone.³⁵

³² *Idem*, pp. 48-49.

³³ *Idem*, p. 49.

³⁴ Una exposición más detallada de este tipo se encuentra en: Torcuato S. Di Tella, “Stalemate or coexistence in Argentina”, en J. Petras y M. Zeitlin, *Latin America, Reform or Revolution?*, New York, Fawcett Publications Inc., 1968, pp. 249-264.

³⁵ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *op.cit.*, p. 1290.